Isla de los Estados

Castigada por persistentes borrascas, la tierra donde Julio Verne situó *"el fin del mundo"* encierra un sorprendente patrimonio. Juan Carlos Chébez —joven naturalista de la F.V.S.A.— permaneció más de cien días en la isla, intimando con su abrupto paisaje, sus criaturas, sus bosques de guindo... Una experiencia fascinante.

—¿Y la Isla de los Estados?
—pregunté al segundo Méndez.
—Allá está —me contestó,
señalando al Este.
—No la veo...
—Aquella masa de nubes...
¿la ve?... Pues eso es la isla.

(De "*La Australia Argentina*", 1898, de Roberto J. Payró)

Así pude verla yo casi noventa años después, desde la cubierta del aviso "Somellera", anclado en la pequeña bahía Buen Suceso. La borrasca reinante no aconsejaba el cruce del agitado estrecho de Le Maire que, con sus casi 25 kilómetros de ancho, separa el extremo oriental de la Isla Grande de Tierra del Fuego de la misteriosa Isla de los Estados.

Y aunque los *guanacos* que se revolcaban en las cercanas playas de la bahía y la aparición fugaz de tres *ballenas* me distrajeron momentáneamente, mi mirada volvía una y otra vez a estudiar ese macizo oscuro cubierto de nubes, que parecía negarse a que lo observáramos.

De pronto, el sol asomó tímidamente y el viento empezó a despejar el cielo que, hasta entonces, presentaba un uniforme color gris pizarra. Lentamente, como el vuelo de los *petreles gigantes* (**Macronectes giganteus**) que nos seguían planeando, el aviso fue acercándose a la isla, que ahora se veía abrupta y oscura. Toda ella semejaba una inmensa montaña que surgía del mar, casi sin playas, sin costas acogedoras, cubierta por un espeso bosque que crecía, incluso, en los paredones verticales que se hundían finalmente a pique entre las altas olas.

No contento con observarlas a través de los "ojos de buey" de la embarcación, salí a cubierta. Quería mirar de cerca ese lejano rincón que se iba a convertir en mi morada durante varias semanas. Dos veces la visité durante mi año "largo" de conscripción; alrededor de 110 días permanecí en sus costas, trepando sus cerros, visitando sus lagos interiores, cruzando sus guindales y recorriendo sus fiordos de aguas tranquilas. Su naturaleza, prístina en muchos sectores, me fue revelando día a día secretos y emociones que la "*Isla del fin del mundo*" sólo brinda a aquellos que se deciden a permanecer en ella a pesar de su mala fama, el viento y la borrasca.

Descubierta en 1616 por los navegantes Jacques Le Maire y William Schouten, que la bautizaron "*Tierra de los Esta-*

Foto: Hugo P. Castello

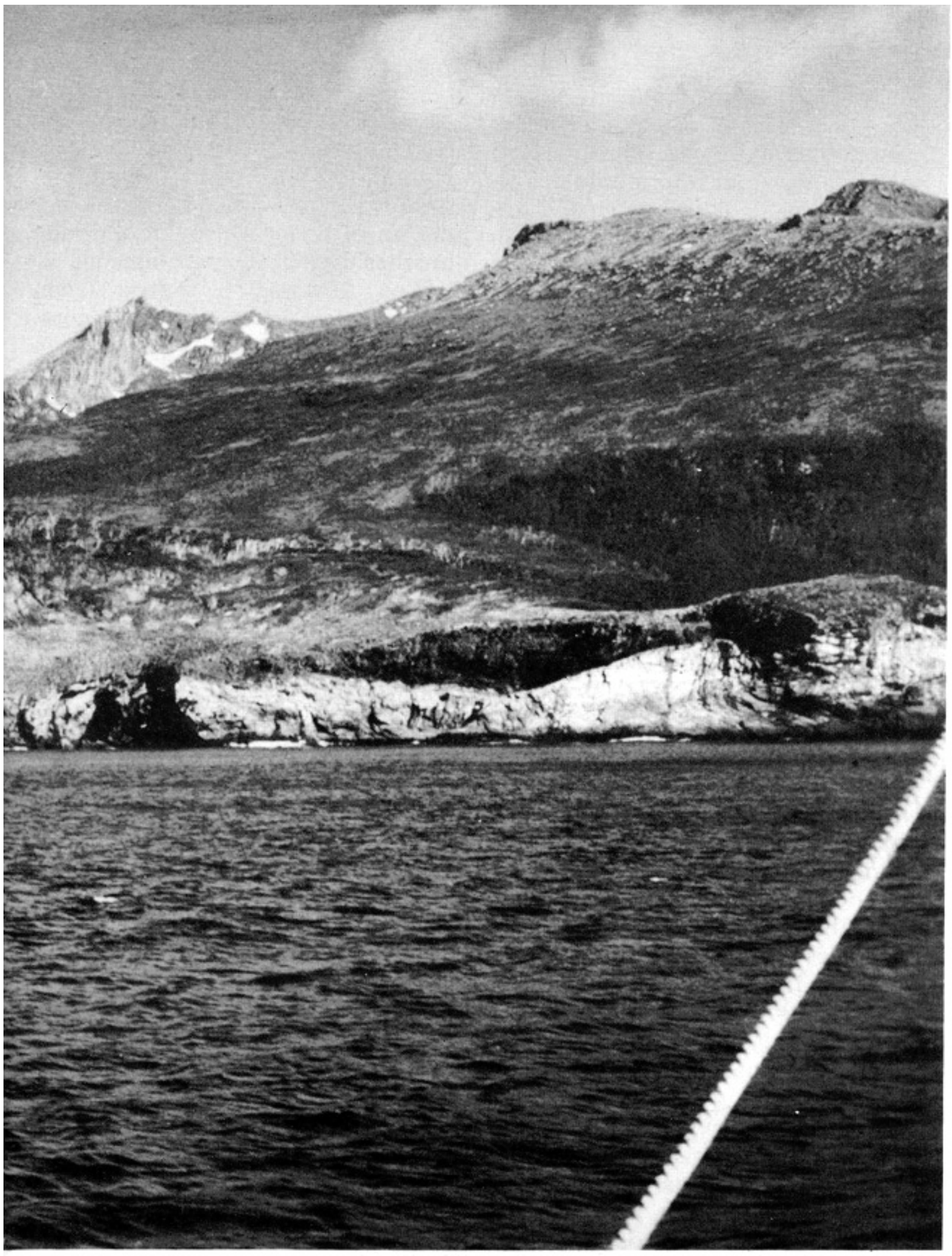


Foto: Hugo P. Castello

dos" en honor a su patria —los Países Bajos—, esta isla es la más oriental del archipiélago fueguino. Sus aproximadamente 75 kilómetros de largo consisten, en su mayor parte, de una escabrosa cordillera que se extiende en sentido Oeste-Este como una continuación, al otro lado del estrecho de Le Maire, de la cordillera fueguina. Sus principales elevaciones son los montes Bove (823 m) y Spegazzini (741 m), ubicados al fondo de las bahías San Antonio y Flinders, respectivamente. Son contados los sitios llanos de la isla y los pocos que existen en el extremo occidental, en vecindades de la bahía Crossley, están ocupados por los clásicos "turbales" de la región fueguina. Son terrenos pantanosos en los que predominan el *musgo de la turba* (**Sphagnum spp.**) y espesas concentraciones de *junquillos* (**Marsippospermum grandiflorum**).

Unos 125 espejos de agua dulce, de origen glaciario, salpican el interior de la isla. La mayoría de ellos aún no ha sido relevada, y uno solo —el mayor— fue bautizado, con el nombre de Lovisato. Los restantes esperan todavía la visita de viajeros y geógrafos que los recorran y realicen un exhaustivo relevamiento.

Una multitud de pequeños arroyos de aguas cristalinas, conocidos localmente como "chorrillos", sirven de desagüe a estos lagos o bien se precipitan por las laderas, conformando pintorescos saltos y cascadas, como la que puede observarse en la costa sur de Puerto Parry. En su irregular relieve costero se suceden amplias bahías —las Franklin y Año Nuevo, por ejemplo—, con profundos fiordos de aguas mansas, conocidos desde antaño en las cartas náuticas como "puertos". Nadie espere, sin embargo, encontrar allí muelles, embarcaciones o poblados de pescadores.

Entre las islas cercanas más importantes figuran, al norte, las que componen el archipiélago de Año Nuevo, que alberga a la famosa isla

Foto: Carlos A. Passera (Photohunters)

Pese a su apariencia desolada y hostil, la ínsula que Jacques Le Maire y William Schouten —sus descubridores— bautizaron "*Tierra de los Estados*", atesora una Naturaleza pródiga, donde hallan refugio varias especies animales en serio peligro de extinción.

Isla de los Estados

Observatorio, donde funcionó una estación meteorológica a principios de siglo. Tanto la Observatorio como sus vecinas Zeballos, Elizalde y Alférez Goffre, están cubiertas por densas matas de *pasto tussock* **(Poa flabellata),** gramínea gigante que crece también en Malvinas y Georgias del Sur. Por lo demás, carecen de los frondosos bosques de la Isla de Los Estados. Entre los islotes menores se destacan, cerca de la costa sur, las islas Menzies y los islotes Dampier, de curiosa silueta triangular.

El clima es frío. Pero, por la marcada influencia marina, no se registran las bajas temperaturas de la vecina isla Grande ni se producen nevadas de la misma magnitud. En contraposición, la proporción de días nublados y lluviosos es mucho más elevada. Las rachas de "lloviznas" se suceden ininterrumpidamente a lo largo de varios días, como ocurrió muchas veces durante mi estadía.

En lo que respecta a la vida silvestre isleña, debemos distinguir dos ambientes bien definidos: el marino —que abarca las costas insulares y el mar circundante— y el terrestre —que comprende los bosques siempre verdes de *guindo* **(Nothofagus betuloides)** y *canelo* **(Drimys winteri),** los pastizales turbosos, los lagos y chorrillos, y los pastizales de altura que ocupan la cima de los cerros.

En los mares aledaños crecen densos bosques de "*cachiyuyos*" **(Macrocystis pyrifera),** gigantescas algas pardas que forman densas concentraciones submarinas, pobladas por una infinidad de peces e invertebrados marinos que otorgan a esta comunidad una singular diversidad biótica. En los sitios expuestos a un intenso oleaje crecen bosques submarinos de otra feofícea: el "*cochayuyo*" **(Durvillea antarctica),** cuyas largas frondes semejan ondulantes lonjas de cuero. Entre las aves pelágicas se distinguen los elegantes albatros de veloz planeo. El *albatros chico* o de *ceja negra* **(Diomedea melanophrys)** es la especie más frecuente y se acerca bastante a las embarcaciones. Nunca olvidaré la aparición, al doblar el extremo oriental de la isla, de algunos *albatros errantes* **(Diomedea exulans),** con su típico vuelo lento y su imponente envergadura alar, de casi 3 metros. También petreles de varias especies frecuentan el mar abierto, entre ellos el pintoresco *petrel pintado* **(Daption capense)** y el pequeño *paíño* o *petrel de las tormentas* **(Oceanites oceanicus),** que con sus patas colgando parece caminar por momentos sobre el agua. Algunas especies, como el *fulmar* o *petrel plateado* **(Fulmarus glacialoides),** penetran en los fiordos ocasionalmente los días de tormenta; otras lo hacen atraídas —durante las noches lluviosas— por las luces de las embarcaciones allí ancladas o por los focos de algún campamento costero.

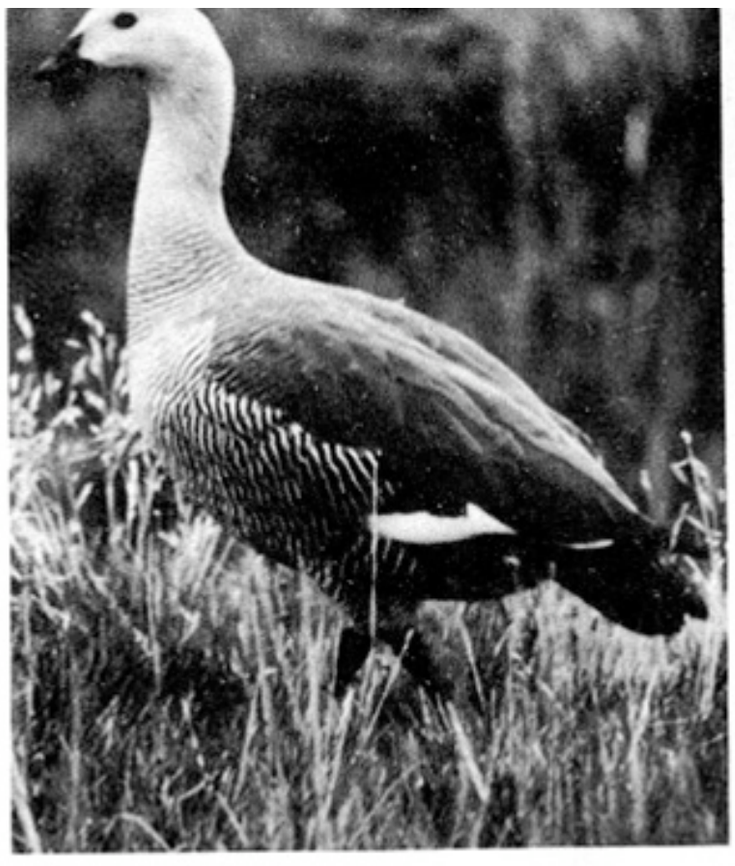
Así pude conocer al *petrel oscuro* **(Puffinus griseus)** y al pequeño *petrel zambullidor* o *potoyunco magallánico* **(Pelecanoides magellani),** que bucea para obtener su alimento y que los yaganes o yámanas reconocían con el nombre de *lela.* Llamaba la atención observar a estas aves acuáticas descansando acurrucadas al pie de los gigantescos "guindos" del bosque, durante las noches de lluvia o nieve. Entre las otras especies que ocasionalmente incursionan en los fiordos, se destacan los *pingüinos patagónicos* **(Spheniscus magellanicus),** que se ven solos o en parejas y que nidifican en la cercana isla Observatorio, y los pintorescos *pingüinos de ceja amarilla* **(Eudyptes crestatus),** que crían en las barrancas de la bahía Franklin, constituyendo importantes colonias. Antiguamente, el hermoso y elegante *pingüino rey* **(Aptenodytes patagonica)** nidificaba en la isla y, aunque no pude observarlo en mis recorridas, abrigo la íntima esperanza de que lo siga haciendo en alguna de las bahías poco visitadas de la costa sur o nordeste.

Los cetáceos están bien representados por los *delfines australes* **(Lagenorhynchus australis)** —que se dejan ver en parejas o en pequeños grupos—, el *delfín piloto* **(Globicephala melaena)** —que se encontró varado en las costas insulares— y, según versiones que recogí, la *orca* **(Orcinus orca)** aparece ocasionalmente en la boca de algunos fiordos. Una gran variedad de peces —como el *róbalo* **(Eleginops maclovinus)** y la *merluza de cola* **(Macruronus magellanicus)**— habita los mares vecinos, formando importantes cardúmenes en algunos sitios cercanos, como en el banco Burdwood, donde muchas especies se reproducen.

Los fiordos, en tanto, tienen una ictiofauna algo peculiar, compuesta por el *torito* o *diablito de los canales* **(Harpagifer bispinis)** —con espinas en sus agallas, que semejan pequeños cuernitos—, la *morenita de los cachiyuyos* **(Phucocoetes latitans)** —que vive en los bosques de algas—, la *morena* **(Austrolyccus depressiceps)** —de típica cabeza achatada—, y los *peces de las rocas* **(Notothenia sima** y **N. cornucola),** que desovan bajo las piedras durante la bajamar. Estas especies ícticas son el alimento de los *cormoranes de cuello negro* **(Phalacrocorax magellanicus),** habitantes permanentes de los fiordos que también aprovechan los acantilados para nidificar. Sus congéneres, el *biguá común* o *cormorán negro* **(Phalacrocorax olivaceus)** y el pintoresco *cormorán real* **(Ph. albiventer),** también aparecen allí, pero con menor frecuencia.

Carreteando sobre la superficie calma y mientras levantan una cortina de espuma blanca, los *pato vapor no voladores* **(Tachyeres pteneres)** o "*alakush*" para los yaganes, se dejan ver en parejas, alternando sus carreteos con zambullidas. Es muy perseguido por su carne, apetecida por los marinos, que rara vez dejan de perseguirlo. En la isla preveíamos la llegada de alguna nave por un dato curioso: los "*alakush*" desaparecían misteriosamente, anticipándose al arribo. También abunda el *pato crestón* **(Lophonetta specularioides)** que, de tarde en tarde y en pareja, deja oír su voz tan particular, la cual le ha valido en Chile el nombre de pato "*juar-jual*".

Claro que, sin lugar a dudas, el ave más típica de las costas rocosas es la *carranca* o *avutarda de mar* **(Chloephaga hybrida),** que constituye parejas estables a lo largo del año. Llama la atención el contrastante plumaje blanco puro del macho con pico negro, respecto de la hembra, ésta de vientre negro listado de blanco, corona y nuca leo-



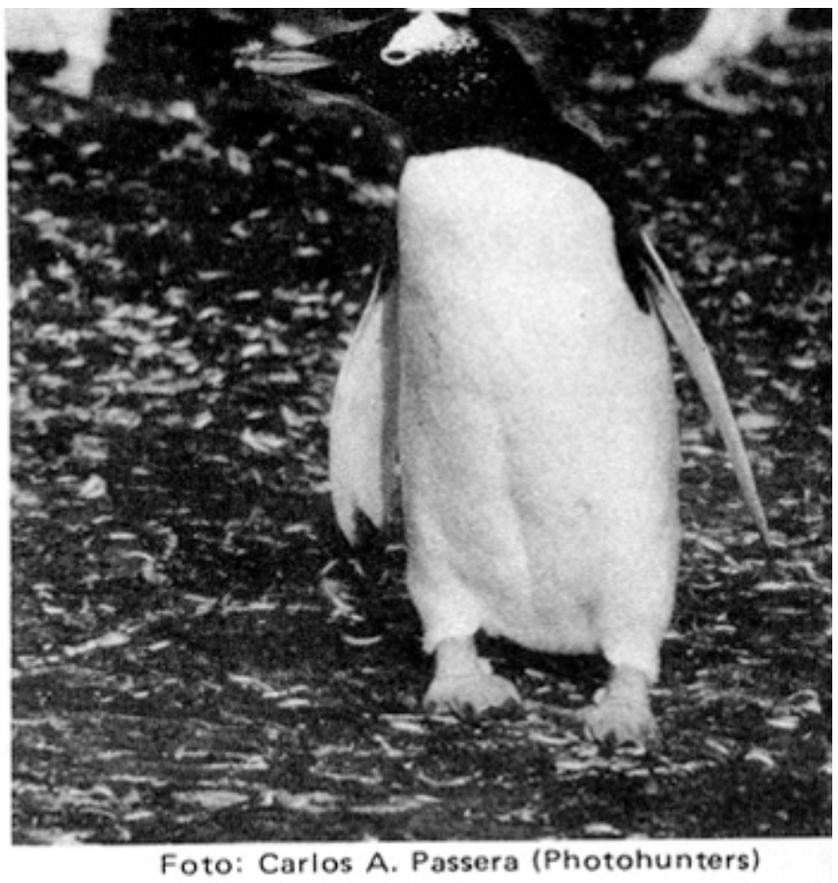


Foto: Carlos A. Passera (Photohunters)

En el sentido de las agujas del reloj: el magnífico vuelo del petrel gigante (Macronectes giganteus); Le Maire, nuestro entrañable carancho austral (Polyborus australis); pingüino de pico rojo o papúa (Pygoscelis papua); ejemplar macho de kaikén (Chloephaga picta); y un gallardo pingüino rey o real (Aptenodytes patagonica).

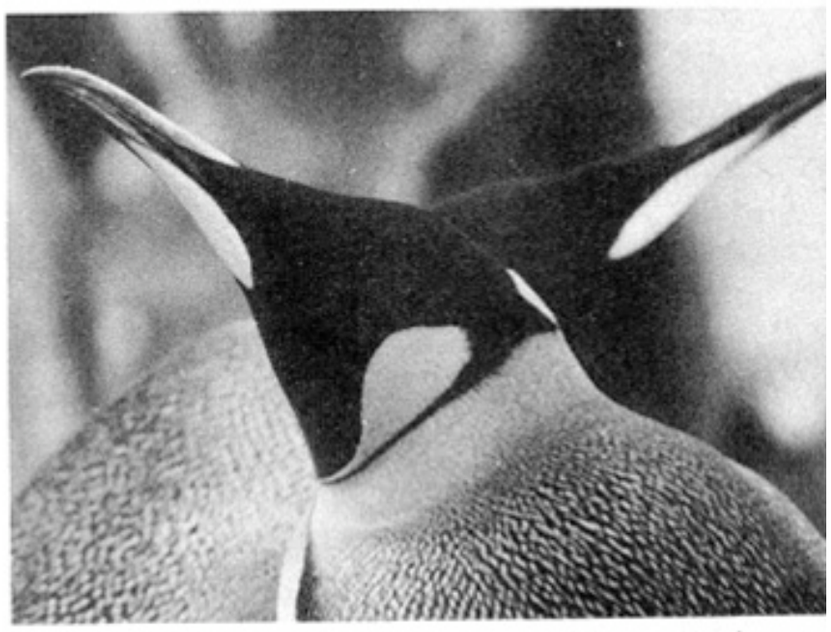


Foto: Carlos A. Passera (Photohunters)

nadas, y pico rosado. Pero no sólo presentan diferencias de plumajes ambos sexos. En efecto, el macho emite una voz sibilante, aguda, en tanto la hembra pronuncia un ronco y sostenido "*au, au, au*". Nada logra separarlos, y he comprobado la desazón de un macho que había perdido a su compañera. Son súmamente territoriales y ambos expulsan a cualquier intruso de la misma especie que intente penetrar en su propio espacio. Su alimentación se basa, principalmente, en las pequeñas algas verdes que crecen sobre las piedras de la zona de mareas.

La *gaviota cocinera* **(Larus dominicanus)**, por su parte, planea habitualmente sobre las costas en pequeñas bandadas y, en primavera, el *skúa* o *gaviota de rapiña* **(Stercorarius skua)** deja ver su silueta recortada contra el cielo. Y, revolviendo las abundantes colonias de *cholgas* **(Aulacomya ater)** y *mejillones* **(Mytilus edulis),** el *ostrero negro* **(Haematopus ater)** y el *austral* **(H. leucopodus),** validos de sus largos picos rojos, no fallan al abrir estos bivalvos, que conforman la base de su alimentación.

En la franja de mareas nos sorprende hallar dos pequeños pájaros, de coloración parduzca, buscando los pequeños organismos que viven sobre las rocas o en la "resaca" dejada por el mar. Se trata de dos *furnáridos:* la *remolinera patagónica* **(Cinclodes patagonicus),** que también frecuenta los "chorrillos" y las orillas de los lagos interiores, y la *remolinera chica* **(Cinclodes oustaleti)**, que nidifica en huecos ubicados en barrancas, como pude comprobarlo personalmente en Puerto Parry.

De todos modos, el ave que más me impresionó en toda mi estadía fue el *carancho austral* **(Polyborus australis),** especie de hábitos carroñeros que en verano visita las colonias de lobos marinos ubicadas en las costas externas, cebándose en los restos de cachorros muertos o en los desechos de la parición. El carancho austral se refugia durante el invierno en los tupidos "guindales" de los fiordos, donde sobrevive gracias a los animales muertos arrojados por las mareas. Allí, precisamente, pude establecer una estrecha amistad con un juvenil de la especie, al que llamé "*Le Maire*" en homenaje al temido estrecho oceánico. Aceptaba con gusto los mejillones que yo le ofrecía, partidos previamente, y se dejaba fotografiar a pocos metros de distancia sin inquietarse. Me seguía en mis caminatas con gran esfuerzo, saltando entre las rocas o revoloteando sobre mi cabeza. Poco a poco fui conociendo al resto de su familia, dos adultos y otro juvenil que se mostraban, por lo general, algo recelosos. Se trata de animales confiados que, pareciendo desconocer el peligro de las armas de fuego, se acercan al hombre peligrosamente, convirtiéndose en blancos ideales para los desaprensivos visitantes que por allí se allegan. Más de una vez tuve altercados y discusiones para evitar que "*Le Maire*" se convirtiese en una víctima más. Conviene recordar, al respecto, que se trata de una especie de distribución restringida a las islas del Cabo de Hornos, las Bécasses, la Isla de los Estados, las Malvinas y, probablemente, la punta oriental de la isla Grande, y que, en consecuencia, no es muy conocida. Por lo tanto, debe ser protegida de manera especial.

Otro curioso acompañante en mis correrías costeras de verano era un manso *lobo marino de un pelo* (**Otaria**

Isla de los Estados

flavescens), que asomaba resoplando de trecho en trecho, observándome con curiosidad. En Parry siempre encontré ejemplares aislados; pero en la bahía San Antonio hallé grupos de 4 o 5 individuos con frecuencia, seguramente por encontrarnos en las adyacencias de una lobería. En la bahía Capitán Cánepa, en febrero de 1982, ubicamos una colonia de aproximadamente 100 *lobos marinos de dos pelos* **(Arctocephalus australis),** que constituye, junto a las de la isla Escondida y el cabo Dos Bahías, en Chubut, y la de cabo Blanco, en Santa Cruz, uno de los últimos apostaderos argentinos de esta perseguida especie. Recordemos que cientos de ejemplares fueron eliminados a garrotazos en nuestras costas, por "*loberos*" de varias nacionalidades que buscaban la cotizada piel de estos animales, conocida por los peleteros como "*lobo fino*". Llama poderosamente la atención la rapidez y agilidad de estos otáridos comparados con la especie anterior. Por momentos rodeaban nuestro bote de goma, saltando por completo fuera del agua, tal como lo hacen los delfines.

También esquivo habitante de los fiordos, el *chungungo* **(Lontra felina)** —la nutria marina de los canales fueguinos—, se mostró en contadas ocasiones, impresionándome con su sorprendente velocidad, que lo lleva a alternar prolongadas zambullidas con saltos por sobre la superficie, poniendo a flamear su típica cola larga. Suele nadar "panza arriba", haciendo la plancha mientras sostiene alguna cholga o mejillón con sus patas delanteras. En una ocasión, un chungungo atacó en mi presencia a un cormorán de cuello negro que pescaba tranquilamente entre los "*cachiyuyales*", lo que prueba que completa su dieta de peces y mariscos con aves marinas. Si sabemos que su piel es apreciada y que los loberos —antaño— y los navegantes —actualmente— rara vez le perdonan la vida, no tiene por qué extrañarnos que la especie se muestre tímida y elusiva en la Isla de Los Estados.

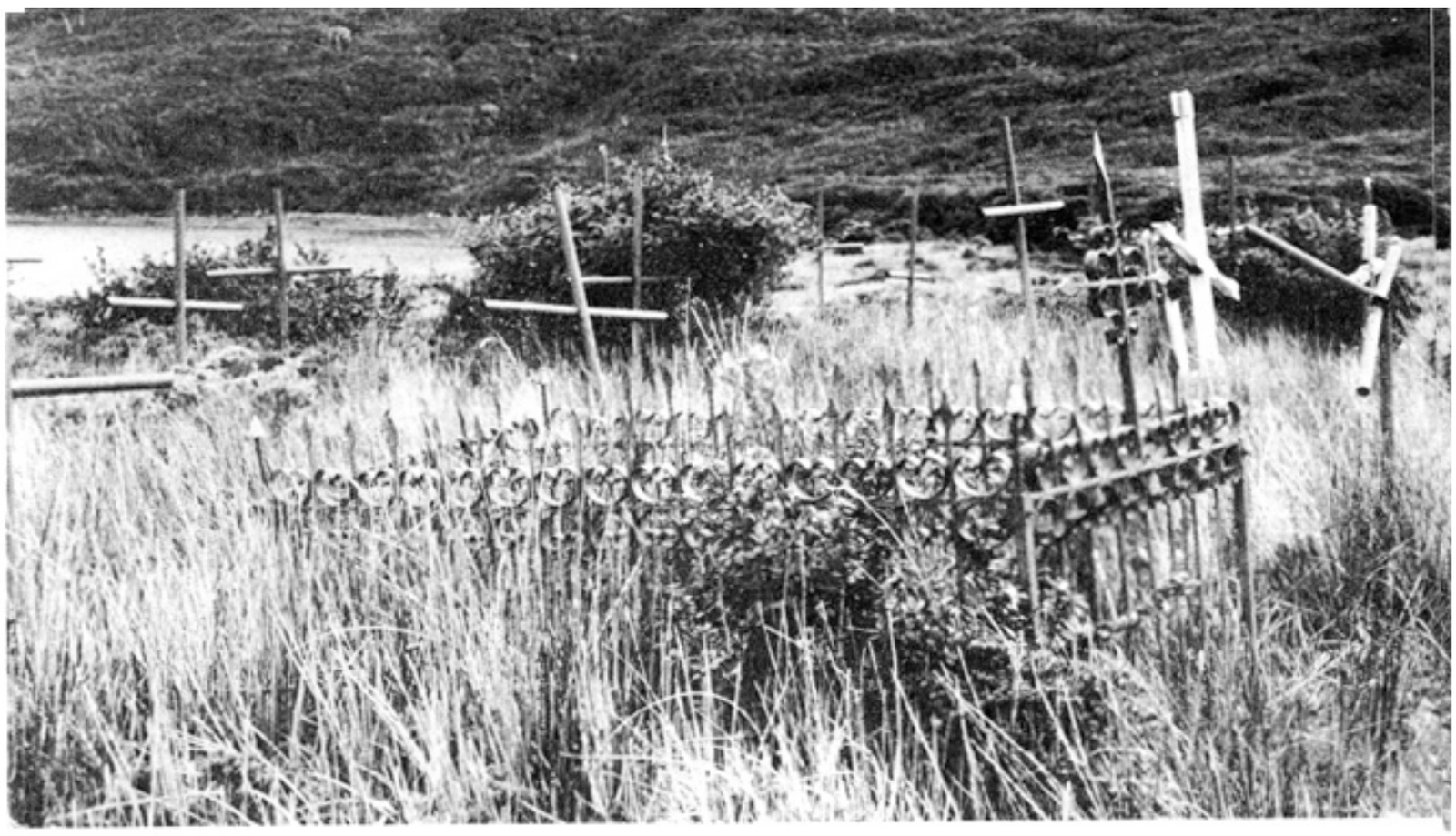
Inmediatamente por encima de la línea máxima de pleamar se desarrolla el "*guindal*"; es decir, el bosque con predominio de *guindo* o *coihue de Magallanes*, especie de hoja perenne que alcanza en los sitios protegidos —especialmente en el fondo de los fiordos— una altura que supera, en ocasiones, los 20 metros de altura. Conformando un subestrato arbóreo bien diferenciado, el *canelo* de hojas lanceoladas se identifica fácilmente por sus pequeñas y delicadas flores blancas, de agradable aroma. El sotobosque alcanza notable desarrollo en el borde mismo de la línea de pleamar, donde las plantas reciben una mayor luminosidad. Se destacan las margaritas blancas y amarillas de la *mata negra* **(Chiliotrichium diffusum)**, los frutos rojos y circulares de la *chaura* **(Pernettya mucronata)** y los tupidos matorrales de una *escrofulariácea*, **Hebe elliptica**, típica de la Provincia Insular.

En el interior del bosque predomina, formando matas impenetrables, el *michay* **(Berberis ilicifolia)**, de hojas espinosas y bonitas flores amarillo-anaranjadas que se convierten, en verano, en racimos de frutos morados. Es notable el desarrollo que alcanzan allí los helechos. Sobresale, por su tamaño, el "*quil-quil*" **(Blechnum magellanicum)** y el rastrero y corto "*punque*" **(B. penna-marina)**, que alfombra los sitios abiertos con un tupido césped. El suelo del "guindal", las rocas que allí afloran y la gran cantidad de árboles caídos, están cubiertos por una gran variedad de musgos, hepáticas, líquenes y hongos, que se destacan por su abundancia y diversidad. Precisamente en ese ámbito tiene su morada el único mamífero terrestre autóctono. Se trata de un pequeño ratón, que Ronald Pine describió en 1976 como **Akodon llanoi,** una nueva especie para la ciencia, endémica de la isla. Bien merecería llamarse "*ratón de los guindales*" por constituir esos bosques su hábitat típico. Pude verlo en enero de 1982 sólo o en parejas, recorriendo el piso del bosque, ocultándose en los huecos o debajo de las rocas de los "chorrillos" secos. Es llamativa la pobreza insular en mamíferos terrestres: ni el guanaco ni el zorro colorado, que habitan la enfrentada isla Grande, han colonizado la Isla de Los Estados.

Algunos passeriformes ponen una nota de movimiento y colorido en estos tristes y silenciosos bosques. Es el caso del inquieto *rayadito* o *yiquiyiqui* **(Aphrastura spinicauda)**, de cola terminada en puntas, que acompaña en sus caminatas a todo el que penetre en el bosque. O del llamativo *frigilo patagónico* **(Phrygilus patagonicus)**, que vive allí todo el año. A estos dos se le suman, en verano, el popular *chingolo* **(Junco capensis)** y el *fío-fío corona blanca* **(Elaenia albiceps),** de lastimero silbo. Al ascender por las laderas se nota una sensible disminución en altura de los guindos y canelos, que son reemplazados primero por bosquecillos bajos de *ñires* **(Nothofagus antarctica)** —que vuelven muy dificultosa la marcha— y, finalmente, por los pastizales de altura, en los que pululan algunas aves. Entre ellas, la migratoria *dormilona cabeza parda* **(Muscisaxicola macloviana)**, que en los días ventosos baja a las playas protegidas. Inclusive el *cóndor* **(Vultur gryphus)** aparece planeando en pareja de tarde en tarde.

Cerrando esta breve descripción, me referiré al lago ubicado en las inmediaciones de la bahía San Antonio, que pude visitar en compañía del equipo del Canal 13 de Buenos Aires cuando rodó allí gran parte de su documental sobre la isla. En ese espejo de agua encontramos al *puyén* **(Galaxias variegatus)**, interesante pez que puebla algunos lagos isleños, a una colonia de nidificación abandonada de biguáes y a un inesperado *huillín* **(Lontra provocax)**, que se dejó filmar y observar sin demostrar temor alguno. Esta nutria se desplaza en la ínsula desde los lagos a las costas oceánicas, donde seguramente completa su dieta alimenticia en los pozos de marea. Como el chungungo, se halla amenazada.

Pero no sólo la Naturaleza asombra aquí al visitante. Restos de los numerosos naufragios acontecidos en sus costas aún salpican las escabrosas playas existentes, a pesar del constante saqueo que sufren de parte de viajeros inescrupulosos. Su rica historia, en la que se suceden famosos navegantes y expedicionarios, loberos y presidiarios, alcanzaría para llenar un libro. Sólo basta recordar que aún se pueden observar las ruinas del viejo presidio mi-



Una vez declarada parque nacional, la isla tendría en la presencia de guardaparques un poderoso argumento de soberanía. De igual modo, encontrarían amparo efectivo sus especies amenazadas —por ejemplo, el lobo marino de dos pelos *(Arctocephalus australis)*— y sus sitios de valor histórico, como el cementerio del antiguo y célebre presidio de Puerto Cook.

Foto: Francisco Erize

litar y las del cementerio de Puerto Cook, además del histórico Faro de San Juan del Salvamento, que seguramente habrá inspirado a Julio Verne en su novela póstuma, "*El faro del fin del mundo*".

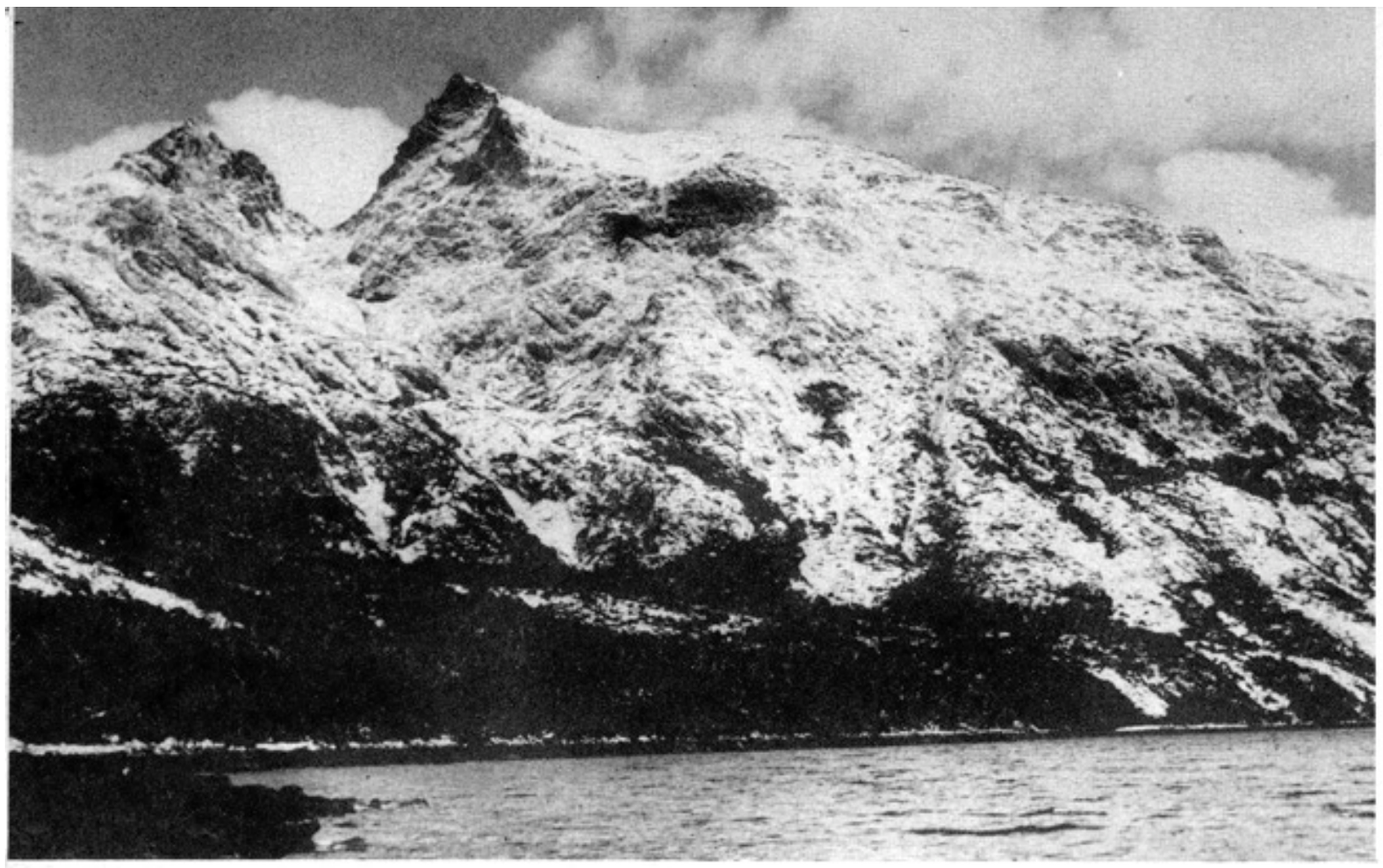
Y, como si estos fueron pocos atractivos, la doctora Anne Chapman encontró, en febrero de 1982, restos arqueológicos que prueban que algunos indígenas han habitado esa ínsula, contra lo que se creía hasta el presente. Las tres tribus del archipiélago fueguino argentino la distinguían con sendos nombres. La Isla de los Estados era el *Jaius* o *Jaiwesen* de los **Haushs**, el *Koin-harri* (cordillera de las raíces) de los **shelknams** u **onas**, y el *Chuanisín* (tierra de la abundancia) de los **yaganes** o **yámanas.**

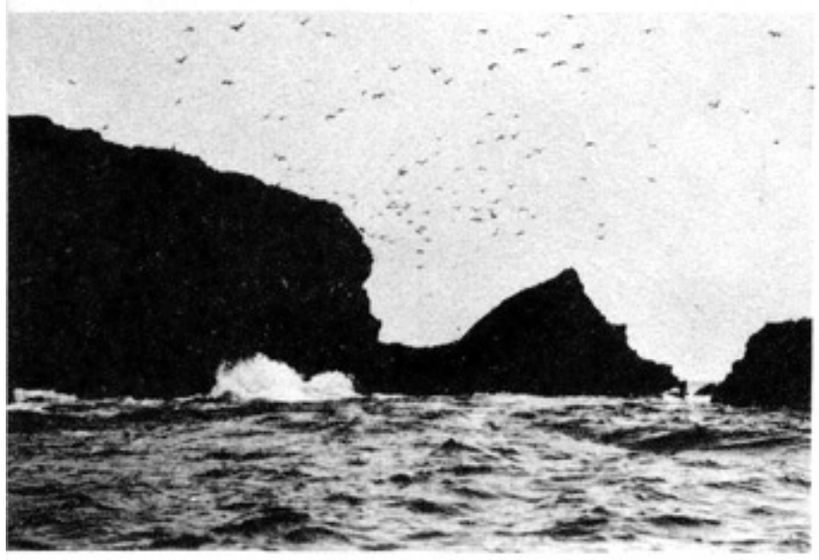
Ubicada a unos 200 kilómetros de Ushuaia y Río Grande, que constituyen los centros poblados más próximos, la Isla de los Estados se encuentra deshabitada, y sólo la Armada Argentina tiene acceso a ella por vía marítima. Pero, lamentablemente, su aislamiento no ha bastado para protegerla antaño de las incursiones de los loberos y de la introducción de animales exóticos, que aún subsisten en ella.

Manadas de cabras cimarronas habitan las laderas de las bahías Flinders, Crossley y San Antonio, en la punta occidental de la isla. También en Crossley, en la década del '60, fueron liberadas algunas vacas y toros que aun se dejaban ver veinte años más tarde. Y, en 1973, ocho *ciervos rojos* (**Cervus elaphus**) sufrieron un destino incierto en los confines insulares, completando la lista de rumiantes liberados allí por el hombre. Tal vez la invasión más peligrosa sea la de las *ratas pardas* o *noruegas* (**Rattus norvegicus**), las mismas que habitan los baldíos y basurales porteños y que llegaron a la isla como polizontes en los barcos. Ya Payró afirmaba que la isla estaba invadida por las ratas y que éstas no dejaban expandirse a los conejos del presidio de San Juan del Salvamento, ya que atacaban a sus crías. Hoy se hallan extendidas por toda la isla, y llaman la atención por su largo pelaje y su gran tamaño. Las he visto recorrer durante la noche las franjas de mareas e, inclusive, las registré nadando en las pozas dejadas por el mar al retirarse. Seguramente, las nidadas de varias aves y el endémico "*ratón de los guindales*" soportan alguna presión por parte de estos agresivos roedores, aspecto que sería importante conocer en detalle.

En la vecina isla Observatorio se han registrado *conejos* asilvestrados (**Oryctolagus cuniculus**) y un congénere de la especie anteriormente nombrada: la doméstica *rata negra* (**Rattus rattus**).

En la actualidad, nuevas amenazas se alzan sobre la isla, haciendo temer seriamente sobre su futuro. Inesperadamente, el mencionado documental televisivo, además de haber hecho conocer a muchos argentinos algunas de sus curiosidades, ha originado, en algunos, peligrosas ideas y proyectos que, de concretarse, causarían un mortal impacto sobre los frágiles ecosistemas insulares. Así, ha surgido la idea de instalar allí una población estable para reafirmar nuestra soberanía en el área. Si bien comprendemos la sana intención original del proyecto, debemos advertir que la colonización de la ínsula dificultaría enormemente cualquier tarea posterior de estudio y conservación. No es difícil prever cuáles serán las tareas a desarrollar por los colonos:





Los nevados picos de los montes San Juan, en Puerto Parry, y el accidentado perfil de las islas de Año Nuevo —importante sitio de nidificación, ubicado al norte de la Isla de los Estados—, marcan a las claras la ligazón existente entre el archipiélago y el macizo andino.

Isla de los Estados

ganadería, explotación forestal, caza, etcétera. Todas ellas perniciosas para la vida silvestre insular.

No ha faltado quien propusiera instalar un criadero de "*nutrias*" (?), ni tampoco los interesados en explotar la lobería de la bahía Capitán Cánepa. Es importante destacar que la isla fue declarada Reserva Nacional para lobos de dos pelos "*y demás especies de focas*" el 13 de julio de 1923, por un Decreto Nacional firmado por el presidente Alvear. Posteriormente, el 26 de abril de 1937, la Isla de Los Estados fue declarada Reserva Nacional "*para toda clase de fauna*", incorporando en la medida al archipiélago adjunto de Año Nuevo. Paradójicamente, a pesar de lo acertado de la medida —caída hoy día en el más absoluto olvido—, no se ha podido avanzar significativamente en la gestión para declarar Parque Nacional Oceánico al conjunto de islas e islotes, lo cual permitiría incorporar en la medida a un importante sector del Mar Argentino. Esa reserva natural, además de garantizar una efectiva protección para las especies raras y endémicas que allí subsisten, podría convertirse en un valioso polo de atracción para los científicos y turistas que visitan año tras año la Tierra del Fuego.

Los guardaparques allí instalados con sus familias, a la vez que realizarían una presencia efectiva en el lugar, podrían encausar las visitas de los turistas, que sólo tendrían acceso a ciertos sectores, como la bahía Crossley —ya deteriorada por el ganado bovino y caprino— y el Puerto Cook. En este lugar, por ejemplo, se podría reconstruir el viejo presidio y convertirlo en un museo, ideal para reunir en él los restos de naufragios y el material arqueológico que se descubre de continuo en sus costas. Senderos de interpretación anexos completarían la infraestructura necesaria para los visitantes. Algunos sitios particularmente interesantes deberían preservarse, con un grado máximo de protección, como Monumentos Naturales. Sin ir más lejos, las colonias de lobos y aves marinas. Es bueno recordar que Chile ha declarado Parque Nacional al Cabo de Hornos e islas circundantes sin renunciar a sus aspiraciones soberanas en el área.

Fuera de menoscabar nuestra soberanía en la zona, el parque proyectado la reafirmaría de un modo concreto. La Armada puede cumplir un papel fundamental en esta iniciativa al garantizar el abastecimiento de los guardaparques apostados y la vigilancia del sector oceánico circundante.

El aviso Gurruchaga fue el encargado de alejarme para siempre de las escarpadas costas. Una fina y persistente llovizna, la misma que tantas veces me había acompañado en mis largas caminatas, empañaba mi visión de aquel mundo mágico que tantas enseñanzas me había dejado. Allí, lejos de la vida "*civilizada*", me había sentido como nunca hermanado a un paisaje y a sus confiados habitantes naturales. Allí se quedaban "*Le Maire*" y su familia, el confiado huillín, el curioso rayadito... Emocionado, intentaba abarcar con la mirada la totalidad del paisaje mientras, implacablemente, el aviso se internaba más y más en el estrecho con dirección oeste. Poco a poco, las nubes comenzaron a desdibujar la silueta de la isla, que desapareció de pronto, casi por encanto. Esa fue mi última visión de la Isla de Los Estados.

De seguro ella está allí, solitaria como siempre, donde según Julio Verne "*sólo parpadea una luz, que señala el fin del mundo*". Era la "*tierra de la abundancia*", el "*Chuanisín*" de los yaganes; y, en gran medida, todavía lo es. Constituye el último refugio de *lobos finos* y *chungungos* en nuestro archipiélago fueguino.

Ignora que un proyecto de colonización la amenaza silenciosamente; que muy pronto voces extrañas y fuertes estampidos quebrarán su profundo silencio. Y sólo nos pide a los argentinos que recapacitemos sobre su destino. Ella no habla pero, de poder elegir, coincidiría sin lugar a dudas con todos los que luchamos por salvarla; es decir, por mantenerla en su estado primigenio.

Después de compartir sus borrascas, su eterna llovizna y su silencio durante 110 días, comprendo muy bien su íntimo deseo de Paz y Soledad.

Texto y fotos: Juan Carlos Chébez